

Conceptualizaciones sobre cultura, socialización, vida cotidiana y ocupación: reflexiones desde espacios formativos

Conceptualizations of culture, socialization, daily life and occupation: reflections from formative spaces

Mónica Palacios Tolvett¹

Recibido: 21 de mayo 2016 • Enviado para modificación: 29 de julio de 2016 • Aceptado: 7 de agosto de 2016

Palacios, M. (2016). Conceptualizaciones sobre cultura, socialización, vida cotidiana y ocupación: reflexiones desde espacios formativos. *Revista Ocupación Humana*, 16 (1), 56-69.

Resumen: Se presenta una reflexión desde el curso Ocupación Humana II, en pregrado, y desde una de las líneas de investigación del Magíster de Terapia Ocupacional de la Universidad Andrés Bello de Chile, respecto a las nociones de cultura, socialización, cotidianidad, y sus relaciones con ocupación, en tanto producción y reproducción social. En el desarrollo del magíster se ha discutido esta relación con la cultura como espacio en disputa en la producción de subjetividad e intersubjetividad acerca de situaciones sociales de exclusión y vulnerabilidad. Así mismo, como una entrada para comprender los valores, creencias y categorizaciones de los procesos de salud - enfermedad y la intervención de Terapia Ocupacional. El vínculo entre ocupación y cultura no siempre es visible para el terapeuta ocupacional, la tendencia a banalizar e invisibilizar estas relaciones en los actos de la vida cotidiana, incluida la intervención, está presente en nuestras acciones y produce ciertas maneras de subjetivar al otro y a nosotros mismos. Reflexionar sobre estos procesos nos ayudaría como terapeutas ocupacionales a generar intervenciones situadas culturalmente, a comprender la ocupación sujeta a ciertas condiciones producidas en los procesos de socialización y en las condiciones concretas de la vida cotidiana.

Palabras Claves: ocupación, cultura, socialización, vida cotidiana.

Abstract: The reflection is presented from the course Human Occupation II, and from one of the lines of research from the Master's in Occupational Therapy UNAB Chile, about the notions of culture, socialization, daily life and their relations with occupation, in both production and social reproduction. During the master's, this relationship with culture has been discussed as an area in dispute in the production of subjectivity and inter-subjectivity about social situations of exclusion and vulnerability. Also, as an input to understand the values, beliefs and categorization of health - disease processes and Occupational Therapy intervention. This link between occupation and culture is not always visible to the occupational therapist; the tendency to trivialize and make these relations invisible in the daily life acts, including occupational therapy intervention, is present in our actions and creates certain ways to subjectify the other and ourselves. Reflecting on these processes would help us occupational therapists to generate interventions that are culturally situated, to understand

¹ Terapeuta Ocupacional. Magíster en Psicología Social-Comunitaria. Doctoranda en Salud, Bienestar y Calidad de Vida. Docente Facultad de Rehabilitación, Escuela de Terapia Ocupacional, Universidad Andrés Bello. Santiago de Chile, Chile. mpalacios@unab.cl, monicapalacios.psc@gmail.com

occupation subject to certain conditions produced in the socialization processes and in the concrete conditions of daily life.

Keywords: occupation, culture, socialization, daily life.

Introducción

Este artículo pretende poner en diálogo algunas conceptualizaciones sobre cultura, socialización, vida cotidiana y ocupación. Estas reflexiones se han dado en el contexto de la asignatura de pregrado Ocupación humana II y del Magíster de Terapia Ocupacional de la escuela de Terapia Ocupacional, Sede Santiago, de la Universidad Andrés Bello de Chile².

Se propone reflexionar acerca de la relación entre cultura y ocupación en Terapia Ocupacional, como una manera de entender la ocupación como ser en el mundo, de forma situada e historizada. Aunque hay corrientes que asumen la cultura como una expresión fotográfica del contexto, parece relevante poner en cuestión estos asuntos para visibilizar aquello que produce significados respecto a las actividades que realizamos. En este sentido, algunos autores en Terapia Ocupacional, entre ellos Iwama y Simó (2008), han planteado discusiones alrededor de la relación entre ocupación y cultura, y cómo la Terapia Ocupacional puede ir situando culturalmente sus intervenciones.

Iwama y Simó (2008) refieren que es imprescindible aumentar en las terapeutas ocupacionales la conciencia acerca de las problemáticas que surgen en la práctica con personas que vienen de nuevos contextos y culturas; señalan que tales intervenciones tienen que considerar las realidades y los significados compartidos de las personas a las que van dirigidas. Para ello, proponen que para que la Terapia Ocupacional sea efectiva, debe adaptar su respuesta a los patrones culturales en los que está siendo practicada. Según Simó (2016), los modos de comportamiento ocupacional son constituidos en el diálogo entre el ser humano y su medio ambiente, y señala que la cultura es una dimensión clave en nuestra profesión.

En concordancia con lo planteado, se asume que comprender la intervención en Terapia Ocupacional de manera culturalmente situada tiene implicancias concretas en la vida cotidiana de las personas. Estos procesos suceden en las relaciones entre personas (interventor/intervenido), adquiriendo ciertos simbolismos, ciertas relaciones de poder y ciertos significados anclados en valores y

² La asignatura Ocupación Humana II se imparte en segundo año de la carrera de Terapia Ocupacional de la Universidad Andrés Bello. En ella se articula el concepto de ocupación con los de cultura, socialización y vida cotidiana, entre otros. En esta asignatura han participado distintos profesores entre los años 2003 y 2015, aportando cada uno a las reflexiones sobre los conceptos abordados: Ximena Porras, Alejandra Jara, Gloria Silva, Ana Maturana, Vicky Parraguez, Valeria Rey, Alejandro Guajardo. La participación de la autora data del año 2011 hasta ahora.

creencias culturales; ello nos puede colocar en la situación de respetar, liberar, vulnerar u oprimir a quien culturalmente está en una posición de desventaja social, quien está fuera de los códigos culturales hegemónicos, o bien, quien proviene de una cultura distinta, desconocida para nosotros y, por tanto, sujeta a la discriminación. Así, la relación dada en el proceso interventivo de la Terapia Ocupacional se constituye en un lugar donde vivimos procesos de socialización y donde nos constituimos, en el decir de García (2002), como aparatos culturales o dispositivos sociales.

Para entender cómo se articulan los procesos de socialización, vida cotidiana, cultura y ocupación, a continuación se plantean los conceptos y la reflexión que los vincula.

Procesos de socialización

La socialización es el concepto que representa el proceso mediante el cual las personas, desde su niñez, aprenden los modos de comportamiento que caracterizan a las sociedades en las que nacen y se desarrollan, haciéndolas propias. Ocurre en el momento (tiempo y espacio) en que una persona participa de un mundo social y se da en la relación, a partir de “estar con otros”, en la colectividad. En el proceso de socialización, a partir de las prácticas sociales y de las experiencias, se transmite la cultura, en tanto códigos normativos, pautas de comportamiento, creencias, valores, costumbres, hábitos, entre otros, de manera que las personas se adaptan a un modo organizado de vida (Simkin y Becerra, 2013).

Comienza cuando nacemos y continúa durante toda la vida, se entiende como un proceso de aprendizaje de la cultura de los individuos en un grupo social y un momento histórico determinados. La socialización es la adquisición de la cultura de una sociedad, a partir de esta adquisición se forma nuestra identidad (Tuñón, 2010). El proceso de socialización permite la conformación de personas con valores, preferencias, comportamientos, creencias, entre otras, conformes con las expectativas de la sociedad y de los grupos en los que se desenvuelve. De acuerdo a lo planteado por Fromm (1984), las personas adquieren ciertas condiciones de base que les hacen desear comportarse como se espera de ellos en relación al lugar que ocupan en la sociedad, de manera que esta funcione. De ese modo, las personas desean realizar lo que es necesario que hagan, deben querer hacer aquello que se debe, para desempeñarse en una forma que permita que la sociedad se mantenga y se reproduzca.

Para Fromm (1984), el capitalismo como modo de producción genera la necesidad de mantener una organización social, con sujetos que deseen trabajar, disciplinados y cuyo interés sea la retribución económica; así se transmite, a través de los dispositivos sociales, el valor del trabajo y de la disciplina, conformándose en ciertas creencias y códigos sociales. Por ejemplo, actualmente la sociedad necesita sujetos interesados en gastar y consumir, por tanto, la cultura del consumo y del exitismo se propaga por los diversos agentes de socialización. Estas predisposiciones a hacer lo que se

debe hacer son reforzadas por todos los medios de una sociedad: su sistema educativo, su religión, su música, sus sistemas de entretenimiento, los modos de crianza, los sistemas laborales, los sistemas de salud y los medios de comunicación.

La sociedad entonces se vale de diferentes canales / instituciones / dispositivos, a través de los cuales construye y se construyen, transmite y se transmiten aquellos elementos necesarios para su desarrollo. Estos son los llamados *agentes de socialización*, o como los llama García (2002), *aparatos culturales*, los cuales se constituyen como instituciones sociales que cumplen la función de transmitir la cultura a través del tiempo y en los diversos espacios físicos y simbólicos. Según el momento histórico y las características del contexto social, los aparatos culturales serán distintos o se constituirán de diferentes maneras. Su grado de influencia y la importancia que un grupo social le otorgue a cada uno de ellos pueden reflejar las características particulares de una cultura determinada, lo que nos facilita su comprensión y nos permite situarnos en ella (Basabe, 2004).

Entre los aparatos culturales predominantes en nuestra cultura (latinoamericana y en particular chilena) se encuentra, a nivel primario, la familia. Es en ella donde se adquieren hábitos y costumbres, se transmite la cultura de generación en generación, así como los factores emocionales y afectivos que originan lo que allí se vive (Simkin y Becerra, 2013). De esa manera, determinan el sentido de identidad y apego que las personas sienten

respecto a elementos de su cultura, como ciertos valores y creencias sobre sí mismos y sobre otros grupos sociales, ciertos modos de comportamiento que muchas veces están teñidos por prejuicios, basados en creencias que se reproducen y se generalizan, y que suelen estar en la base de procesos de discriminación (Barriga, Leon & Gómez, 1998).

También encontramos a nivel secundario otros aparatos culturales, entre ellos, la educación, el trabajo, las instituciones religiosas, los medios de comunicación y también los sistemas de salud, donde tradicionalmente se inscribe la Terapia Ocupacional. Entonces, a través de los aparatos culturales se transmiten ideas, valores, normas y sistemas de creencias, constituyéndose en dispositivos que pueden afectar la estabilidad, el mantenimiento y la reproducción o cambio de una cultura (García, 2002).

Acerca de la cultura

Al hacer una revisión conceptual acerca de cultura, nos encontramos con muchas definiciones desde distintas perspectivas, especialmente desde la Antropología. En estas definiciones existen elementos comunes que la comprenden como un sistema que hace percibir el mundo, pero que en sí mismo no es perceptible, operando como un código de reglas que actúa de manera irreflexiva (Geertz, 1957; Heller, 1977; Lotman, 2000).

Una experiencia que nos hace pensar acerca de nuestra cultura es el encuentro con otras, esto nos hace más sencillo comprender aquella a la cual pertenecemos. Como objeto de pen-

samiento, nos permite tomar conciencia de la cultura en la que estamos inmersos, de sus valores, creencias, costumbres, hábitos, etc. (Taylor, 1995).

La cultura, desde la Real Academia Española (2015), tiene tres acepciones: a) el conjunto de modos de vida, costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico e industrial de una época o grupo social; b) las nociones populares incluyen en ocasiones aspectos de raza e identidad étnica, y c) lo que ha venido a llamarse alta cultura: moda y formas artísticas. En estas definiciones la cultura es entendida como algo más bien estático, con cierto tinte de folclore, de etnia o de conocimientos adquiridos, y dista de una concepción dinámica que produce y reproduce relaciones sociales.

Una manera de ampliar el concepto de cultura es desde el aporte de la Semiótica³. Un autor que aporta en esta reflexión es Geertz (1957), quien propone que el hombre es un animal inserto en tramas de significación; entonces, la cultura es la trama de significados en función de la cual los seres humanos interpretan su existencia y experiencias, así mismo como conducen sus acciones. En consecuencia, considera que la cultura es esa urdiembre y que el análisis de la cultura ha de ser, por lo tanto, interpretativa, en busca de significaciones.

Lotman (2000) también plantea una noción de cultura basada en la se-

miótica, donde analiza el sentido y el signo en el texto / cultura, en oposición a la idea de no cultura. Señala que la cultura es la determinación del contexto de interacción, basada en la manera en la que lo entendemos, pero también de las formas en las que nos relacionamos unos con otros. La cultura puede ser vista en múltiples dimensiones desde diferentes niveles de relación. Así, el espacio de intersección entre personas, procesos, estructuras y límites se vuelve el espacio natural para la comunicación, a partir de la cual es posible la conformación de una organización y, por lo tanto, de cualquier sistema cultural.

Por otro lado, Lotman (1998) plantea la idea de cultura como memoria, que al ser vivida por una colectividad, se relaciona necesariamente con la experiencia histórica pasada. La creación de una nueva cultura implica que parte de su experiencia se volverá memoria; entonces, la cultura va contra el olvido, actúa como mecanismo de conservación y transmisión de lo que nos identifica en un momento histórico. Plantear la cultura como memoria de la colectividad implica un sistema de reglas semióticas según las cuales la experiencia de vida humana se hace cultura.

García (1981) por su parte propone repensar algunas categorías con las que habitualmente se aborda la idea de cultura. El concepto más difundido es el que plantea Taylor (1995), quien

³ La Semiótica estudia los diferentes sistemas de signos que permiten la comunicación entre individuos, sus modos de producción, de funcionamiento y de recepción. Se conoce como Semiótica a la teoría que tiene como objeto de interés a los signos. Esta ciencia se encarga de analizar la presencia de estos en la sociedad. Eco (1981) define a la Semiótica como el estudio de todos los procesos culturales, entendidos como procesos de comunicación. De ahí que el autor la considere como una teoría general de la cultura y un sustituto de la antropología cultural.

la define en oposición a naturaleza (como todo lo creado por el hombre). Este concepto tiene implícito un supuesto que coloca a todas las culturas como iguales, pero no muestra sus desigualdades; también pone en un mismo nivel todos los ámbitos que forman la sociedad, la organización económica, las relaciones sociales, las prácticas artísticas, etc., sin jerarquizar el peso de cada una.

Por lo anterior, García (1981) plantea limitar el uso del término cultura a la producción de fenómenos que contribuyen, mediante la representación o reelaboración simbólica de las estructuras materiales, a reproducir o transformar el sistema social. La definición que propone este autor no supone que lo cultural y lo social puedan analizarse separadamente; por el contrario, los procesos simbólicos son referidos a las estructuras materiales, a las operaciones de reproducción o transformación social, a las prácticas e instituciones que se ocupan de la cultura e implican una materialidad concreta. Por tanto, no hay producción de sentido que no esté inserta en estructuras materiales. Toda producción significativa (filosofía, arte, la ciencia misma) es susceptible de ser explicada en relación con sus determinaciones sociales. Pero esa explicación no agota el fenómeno, la cultura no solo representa la sociedad, también produce sentido, la función de reelaborar las estructuras sociales e imaginar nuevas. Además de representar las relaciones de producción, contribuye a reproducirlas, transformarlas e inventar otras.

Uno de los análisis realizados por García (2002) nos hace notar la disputa,

en el campo de la cultura, entre cultura dominante y cultura popular. Esto es particularmente interesante para la Terapia Ocupacional latinoamericana, sujeta en su historia a la dominación cultural, a niveles de colonización y dominación ideológica, económica y política. Así, critica enfoques románticos de la cultura popular que la imaginan como comunidades puras, sin contacto con el desarrollo capitalista y que no están atravesadas por las ideologías dominantes y contradictorias; es una idealización folclórica, con una visión del pueblo intacto e inmóvil, cuyos productos (ocupaciones, artesanías, etc.) para los turistas son adornos para decorar. En tales enfoques, la cultura es igual que la naturaleza y se transforma en un espectáculo. Ello cobra un carácter dramático en las situaciones de vulneración y discriminación de pueblos, etnias migrantes, entre otros grupos humanos.

Como hemos revisado, García (1981, 2002) hace un recorrido crítico por las diferentes posiciones sobre la cultura, desde la concepción evolucionista, pasando por aquellas vinculadas a la reproducción cultural que asocian el concepto solo al campo de creencias, valores e ideas. Por otro lado, desestima el relativismo cultural, ya que este se apoya en una concepción atomizada y cándida del poder, y no permite ver las conflictividades dentro de una misma cultura y entre estas.

En síntesis, las ideas que plantea García (2002) están referidas a que: a) el capitalismo en su avance no siempre elimina las culturas tradicionales, sino que se apropia de ellas y las (re)estructura y las (re)organiza en su sig-

nificación y función, (re)ordenando la producción y el consumo; b) los sectores dominantes (des)estructuran –subordinando a una lógica común lo producido por los sectores populares en su proceso de integración al capitalismo– y lo (re)organizan en un sistema unificado de producción simbólica; separándolos de la base económica, quiebran la unidad entre producción, circulación y consumo. Simultáneamente, (re)componen los pedazos subordinándolos a una organización transnacional de la cultura, correlativa de la transnacionalización del capital, reproduciendo lo étnico o lo típico.

Se presentan así procesos de (des) contextualización y (re)funcionalización de las manifestaciones culturales, como las artesanías, en distintos espacios y sectores sociales; ello convierte a la celebración en un espectáculo, a la participación colectiva en consumo programado y al orden ritual agrícola / religioso en organización del ocio turístico (García, 2002).

Para García (2002) no existe una cultura popular, sino culturas populares; estas se configuran por un proceso de apropiación desigual de los bienes económicos y culturales de una nación o etnia por parte de sus sectores subalternos, y por la comprensión, reproducción y transformación, real y simbólica, de las condiciones generales y propias de trabajo y de vida.

Este autor establece un vínculo entre los conceptos de cultura, producción, superestructura, ideología, hegemonía y clases sociales, para señalar que a las culturas subalternas se les impide todo desarrollo autónomo o alterna-

tivo, reordenando su producción y su consumo, su estructura social y su lenguaje, para adaptarlos al desarrollo capitalista.

Al respecto, es interesante retomar lo que plantea De Sousa (2009) en su *Epistemología del Sur*, relacionándolo con la idea de García (2002) acerca de las culturas subalternas. Para De Sousa el centro está en la diversidad, para él existen diferentes maneras de pensar, de sentir, de actuar y de relacionarnos, que quedan ocultas detrás del conocimiento hegemónico.

En la disputa entre culturas dominantes y culturas populares se van hegemoneizando ciertos modos de conocimiento-modos de pensamiento- y un conocimiento adquirido que la persona utiliza para interpretar sus experiencias y generar comportamientos (García, 2002).

La cultura, al ser un sistema de códigos y de normas que permite que nos orientemos en las decisiones cotidianas, va naturalizando nuestro accionar en el mundo. Determina formas de vida de los miembros de una sociedad o de grupos de ella. Al ser naturalizada su forma de producción y reproducción, existe una estrecha relación entre los conceptos de cultura y socialización y vida cotidiana, ya que la cultura se expresa en las costumbres y en el modo de ser de una sociedad, es decir, en el modo de vida

Para profundizar en los modos de vida podemos abordar el concepto de *capital cultural* aportado por Bourdieu (1997), quien lo describe como la acumulación de cultura propia de una clase, que es heredada o adquirida

mediante la socialización, entendiendo que la cultura es un conjunto de informaciones que los grupos sociales acumulan y transmiten. La *herencia social* enfatiza el carácter histórico de la cultura y sus posibilidades de cambio y desarrollo, siendo esta el ámbito particular de producción y reproducción social. Para Bourdieu, el capital cultural se transmite a través de dispositivos sociales y se internaliza en las personas y grupos humanos generando hábitos y prácticas, entendidas como estructura de nuestra vida cotidiana. De esta manera, los modos de vida se expresan en la vida cotidiana.

De la vida cotidiana

Berger y Luckmann (1968) asumen que el conocimiento que orienta a la vida cotidiana es un saber acerca de su realidad que los sujetos asumen como ordenado, coherente y objetivo. Los autores plantean que la vida cotidiana no necesita verificaciones sobre su existencia, está ahí, evidente por sí misma. Así, la vida cotidiana se expresa en un espacio y en un tiempo determinados; de un sujeto a otro es distinta, y al mismo tiempo, similar. Este vínculo entre la vivencia personal de la vida cotidiana y la comprensión de esta como modo de vida es producida intersubjetivamente, surge de relaciones directas entre las personas y puede entenderse como las apreciaciones subjetivas que hacen los individuos de la (su) realidad y que son compartidos, de tal forma que se constituyen en esquemas recíprocos. De esta manera, la vida cotidiana permite la ubicación de las personas en la sociedad.

Schutz y Luckmann (2001) reconocen, al igual que Berger y Luckmann (1968),

que la vida cotidiana de cada persona es única e irreplicable, es decir, que todas las experiencias que tienen un sentido apuntan a una vivencia particular. Goffman (1989) plantea que en el mundo inmediato de las personas, estas no actúan solas como si estuviesen en un tipo de espacio individual, por el contrario, se encuentran inmersas en una escala mayor de representación, ya que las actuaciones se extienden más allá de los límites naturales de individuo mismo y se ponen en práctica a través de un conjunto de personas.

Para Heller (1977) la vida cotidiana se presenta como el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los sujetos particulares, esto supone que a cada quien le corresponde cierto tipo de vida cotidiana. Esta a su vez no es escogida en primera instancia por el sujeto cuando nace, no se da a escoger entre una u otra. Cuando nacemos, lo hacemos en cierta vida cotidiana, la cual es interiorizada como instrumento de reproducción particular que nos asigna la sociedad; una vez se ha pasado por un proceso de socialización primaria, se tiene la oportunidad de escoger entre sus distintas formas.

Es importante rescatar que Heller (1977) no ve a los hombres como seres pasivos, a los cuales se les presenta una realidad frente a la cual quedan sometidos. Esta autora habla de un proceso de socialización en el cual los sujetos, en primera instancia, deben aceptar esa vida cotidiana que les fue dada, pero en la medida en que han asimilado ese esquema, empiezan a cambiarlas a través de un proceso de reproducción social. Por lo que queda siempre la opción de rebelarse.

Arendt (2003) profundizó en la idea de vida cotidiana, formulando que el espacio público era el lugar donde la civilización humana efectuaba la transmisión a las generaciones siguientes. Caracterizó a la cultura de masas del siglo XX como una sociedad en la que las actividades de producción e intercambio de bienes de consumo iban extendiéndose de manera alarmante al ámbito de la cultura. Antes, ya había manifestado su preocupación por una sociedad de consumidores, definida porque las actividades humanas están bajo el común denominador de asegurar los artículos de primera necesidad y procurar su abundancia.

Pampliega y Racedo (1990) entienden la vida cotidiana como el espacio y el tiempo en los que se manifiestan, de manera inmediata, las relaciones que los seres humanos establecen entre sí y con la naturaleza en función de sus necesidades, en un tiempo, un ritmo y un espacio donde las complejas relaciones sociales que regulan la vida en una época histórica determinada configuran, lo que junto a Pichón han denominado, las *condiciones concretas de existencia* (Pichón & Pampliega, 1990). A cada época y a cada organización social corresponde un tipo de vida cotidiana que le es propia. Así, esta se expresa como un conjunto de hechos, actos, objetos, relaciones y actividades que se nos presentan como acción en el mundo o como prácticas sociales, o lo que los terapeutas ocupacionales hemos denominado *ocupación*.

Para estos autores la crítica a la vida cotidiana consiste en desnaturalizar las prácticas sociales que se han vuel-

to evidentes, aquello que por ser obvio y muchas veces banal, no se ve o está silenciado. Los sujetos producen y reproducen su vida en una doble relación con la naturaleza, los objetos y los otros.

Los objetos, los medios, las formas de producción, así como la inserción de los sujetos en ese proceso productivo y las formas de distribución de lo que se produce, determinan sus formas de vida, su cotidianidad. Este hecho, por tanto, es condición de existencia y desde allí constituyente y condicionante a su vez de toda su experiencia. De esta manera, las experiencias concretas, la acción y la práctica determinan la subjetividad, no viceversa. Ello implica abordar al ser humano en sus condiciones concretas de existencia, su condición de seres con necesidades en intercambio permanente con su contexto.

Desde autores de la Terapia Ocupacional como Kielhofner (1995), la vida cotidiana ha ocupado un lugar que se ha tendido a operacionalizar en actividades y acciones cuyos significados se limitan a conceptos como rutinas, patrones, equilibrio, etc. Por otro lado, Wilcock (1998) enfatiza en los sentidos que tiene la vida cotidiana para las personas. En la práctica, un centro / eje de identidad para la Terapia Ocupacional es la vida cotidiana, por lo que la reflexión acerca de sus alcances y el análisis de su comprensión son obligaciones para la disciplina.

Durante la revisión conceptual realizada se ha ido intentando articular, en distintos momentos, con la noción de ocupaciones. En este sentido, Gua-

jardo (2011) pone de manifiesto que éstas son prácticas sociales indivisibles del sujeto. Toda ocupación es al mismo tiempo sujeto, contexto y cultura.

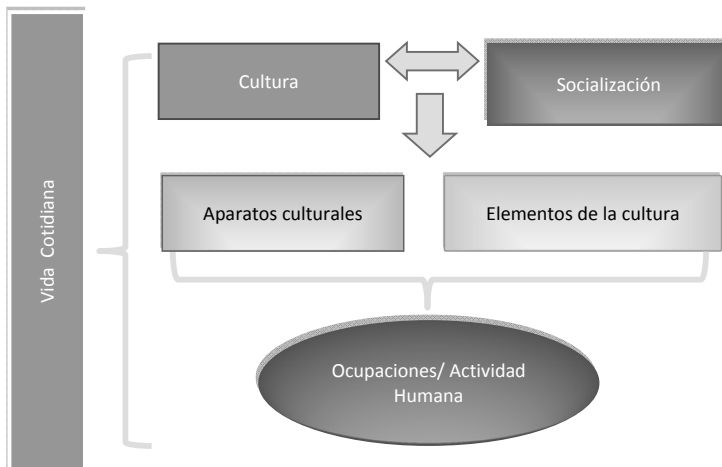
Discusión

Esta discusión teórica ubica a la cultura como omnipresente en la cotidianidad, y a lo cotidiano como una manifestación de la cultura. Lo anterior lleva a seguir insistiendo sobre lo importante que es estudiar la vida cotidiana para comprender la cultura y viceversa, en tanto que en la cotidianidad las tramas sociales se entrecruzan, mediante determinaciones transmiti-

das por los aparatos culturales en los procesos de socialización, y constituyen las posiciones que ocupamos en las estructuras sociales.

Al establecer algunas de estas relaciones conceptuales podemos entender que la vida cotidiana se constituye en el escenario (espacio / tiempo) donde se manifiesta la cultura, a través de los aparatos culturales en el proceso de socialización. Es en estas relaciones donde se producen las ocupaciones, en tanto condiciones concretas en que son producidas y significados que le son atribuidos (Figura 1).

Figura 1. Relación entre los conceptos revisados.



Fuente: Elaboración propia.

Como este proceso se da en un contexto socio-histórico determinado, las ocupaciones así producidas también son naturalizadas y banalizadas desde culturas dominantes. Así, las ocupaciones pueden constituirse en un discurso dominante o en un discurso subyugado, dependiendo en qué posición / lugar se constituyen. Este discurso va siendo aprendido y subjeti-

vado en el proceso de socialización, donde la Terapia Ocupacional opera como aparato cultural, transmitiendo también ciertos elementos culturales dados en las intervenciones y en el contexto en que estas se producen.

Los autores revisados llevan a reconocer la vida cotidiana como una expresión cultural, lo que implica un

proceso en el que intervienen el comportamiento de los sujetos y lo social donde es producido. Este reconocimiento nos lleva a una discusión que se da en el campo de la intervención de Terapia Ocupacional.

Para la Terapia Ocupacional la vida cotidiana ha sido asumida históricamente como actividades de la vida diaria (AVD), tendiendo a reducirse en su comprensión y alcances. Desde esta reflexión, la vida cotidiana está en el centro de la profesión y se materializa en el espacio de intervención que identifica su actuar. Entonces, ¿cuáles son las implicancias de entender vida cotidiana como AVD? Ciertamente una de sus consecuencias es la invisibilización de las condiciones donde dichas actividades transcurren, así como una tendencia a banalizar, objetivar y estandarizar su ocurrencia.

Algunos terapeutas ocupacionales han establecido ciertas posiciones en el diálogo entre vida cotidiana, ocupación y cultura. Iwama (2005) plantea una discusión entre la cultura occidental dominante con su determinismo individual, narcisismo, temporalidad futura, control racional y autonomía, versus modelos para prácticas relevantes y culturalmente pertinentes, cuyo centro está en el mundo de significados de la vida diaria – mundos ocupacionales. Para Iwama la globalización nos interpela a la superación de barreras culturales; como respuesta, propone el Modelo Kawa, que se constituye en un modelo conceptual de Terapia Ocupacional con relevancia cultural y que entiende al individuo como un ser inmerso en el medio ambiente.

Simó (2016) releva que la transformación social de la cultura se detiene en el surgimiento del estigma, la relación centrada en el consumo, el capital, el mercado y la individualización. El mismo acto terapéutico puede representar una “cotidianidad aparente”, con significados totalmente distintos. Este autor pone especial énfasis en la relación entre la Terapia Ocupacional y el poder.

Por su parte, Kronenberg, Simó y Pollard (2006) plantean la naturaleza política de la ocupación, relevando una participación digna y con significado de las personas en la vida diaria. Existe una dimensión social, cultural y política de las ocupaciones humanas. Plantean las actividades de la vida diaria como actividades políticas, realizando un análisis crítico de la naturaleza de aquellas en las que participan las personas.

Estos autores de la Terapia Ocupacional nos desafían a comprender que el ejercicio de la profesión nunca es neutro y que, por lo tanto, debemos ser conscientes de la posición que ocupamos. En lo particular, considerar la cultura de manera dinámica y viva, en pugna y en disputa desde las culturas subalternas, es una obligación cuyo centro es el derecho humano a una identidad, a una pertenencia y a una divergencia.

Conclusiones

La cultura, implícita en la vida cotidiana, frecuentemente nos pasa inadvertida. Nuestras experiencias compartidas no llegan a ser percibidas. Si pudiéramos, por un momento, ver y apreciar otras visiones del mundo y

otras perspectivas de la realidad, mejoraríamos el conocimiento de nuestra propia cultura, así como el de nuestros propios modos de ver y de conocer.

En este artículo se han revisado algunas ideas respecto a conceptos centrales para nuestra disciplina, visiones del mundo que van determinando cómo se construye la relación entre subjetividad y sociedad. La manera en que se configura una comprensión de la realidad produce significados y sentidos a las prácticas / acciones y define un lugar / posición en el mundo. La noción de ocupación, en tanto actividad humana, se constituye en una expresión de la cultura en la vida cotidiana; por tanto, también es producida en circunstancias simbólicas y materiales.

Por lo mismo, la noción de ocupación tiene una serie de significados situados culturalmente en un contexto determinado, tanto para las acciones de los sujetos como para los propios terapeutas ocupacionales, como sujetos a su propia cultura. El peligro de aplicar nuestra mirada del mundo, nuestros propios significados y escala de valores y creencias es eminente cuando nos desconocemos, es decir, cuando no tenemos consciencia de ser un dispositivo social o un aparato cultural y de socialización que se puede imponer a otros.

En este sentido, la Terapia Ocupacional en su intervención puede debilitar, en vez de fortalecer; someter, en vez de emancipar, y excluir / discriminar, en vez de incluir. Es importante entonces establecer la relación con una perspectiva de derechos humanos, desde los derechos colectivos y de los pueblos, el derecho a la iden-

tidad. Cuando proponemos una Terapia Ocupacional comprometida con los problemas sociales debemos tener conciencia de los alcances políticos y sociales de los cuales somos parte, así como reconocer qué cultura estamos construyendo como profesión.

Una de las preguntas que ha guiado esta revisión conceptual es ¿qué significa considerar la cultura, la socialización y la vida cotidiana en el trabajo con personas? Las posibles respuestas implican reconocer la existencia de una gran *diversidad* de culturas, tanto en el contexto inmediato de la intervención como en la historicidad de nuestros contextos y de los de las personas con quienes trabajamos.

Reconocer la cultura como constituyente de los grupos humanos, que está en todos nosotros y que es imposible no tener presente en la relación terapeuta / usuario – interventor / intervenido. Es importante considerar aquellos aspectos de la cultura que son importantes para nosotros mismos y que podrían conflictuarnos en la relación con las personas con quienes trabajamos.

Supone evitar los juicios de valor respecto de las características y elementos de una cultura determinada, más bien, buscar aquellos aspectos significativos de ésta que puedan favorecer el autoconocimiento y el desarrollo de las personas, mejorando así su calidad de vida.

Implica conocer, estudiar e investigar acerca de nuestra cultura, comprender y situarnos en la cotidianidad de nuestras prácticas y las de nuestros usuarios a fin de ser conscientes de las

opiniones que emitimos y de las decisiones que tomamos en nuestro trabajo como terapeutas ocupacionales.

Referencias

- Arendt, H. (2003). La crisis de la cultura: su significado político y social. En H. Arendt *Entre pasado y futuro. Ocho ejercicios de reflexión política* (pp. 303-345). Barcelona: Península.
- Barriga, S., León, J. M., & Gómez, T. (1998). Estereotipos, prejuicios y discriminación. En S. Barriga, B. González, F. Cantero, J.M. León, T. Gómez, S. Medina (Coord.) *Psicología social: orientaciones teóricas y ejercicios prácticos* (pp. 133-142). España: McGraw-Hill Interamericana de España.
- Basabe, N. (2004). Salud, factores psicosociales y cultura. En D. Paéz, I. Fernández, S. Ubillos, E. Zubieta (Eds.), *Psicología Social, Cultura y Educación* (pp. 891-913). Madrid: Pearson Educación.
- Berger, P., & Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bourdieu, P. (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Siglo XXI.
- De Sousa Santos, B. (2009). *Una epistemología del Sur*. México: Clacso y Siglo XXI.
- Eco, H. (1981). *La estructura ausente. Introducción a la Semiótica*. Barcelona: Lumen.
- Fromm, E. (1984). *Humanismo socialista*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- García, N. (1981). Cultura y sociedad: una introducción. *Cuadernos de información y divulgación para maestros bilingües*. Dirección General de Educación Indígena de la SEP México.
- García, N. (2002). *Las culturas populares en el capitalismo*. México: Editor Nueva Imagen/ Grijalbo.
- Geertz, C. (1957). Ritual and social change: A Javanese example. *American Anthropologist*, 59(1), 32-54.
- Goffman, E. (1989). *La presentación del sujeto en la vida cotidiana*. Argentina: Amorrortu.
- Guajardo, A. (2011). Prólogo. En C. Rojas, Grupo de Investigación Ocupación y Realización Humana (Ed.), *Ocupación: sentido, realización y libertad. Diálogos ocupacionales en torno al sujeto, la sociedad y el medio ambiente* (pp. 13-19). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Heller, Á. (1977). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Península.
- Iwama, M. (2005). The Kawa (river) model: Nature, life flow, and the power of culturally relevant occupational therapy. En F. Kronenberg, S. Simó, N. Pollard (Eds.), *Terapia Ocupacional sin Fronteras. Aprendiendo del espíritu de supervivientes* (pp. 214-228). Madrid: Médica Panamericana.
- Iwama, M., & Simo, S. (2008). Aspectos de significado, cultura e inclusión en Terapia Ocupacional. *Revista Gallega de Terapia Ocupacional*, 5 (8). Disponible en: <http://www.revistatog.com/num8/pdfs/modelo1.pdf>
- Kielhofner, G. (1995). *Modelo de Ocupación Humana. Teoría y aplicación*. Buenos Aires: Médica Panamericana.
- Kronenberg, F., Simó, S., Pollard, N. (2006). *Terapia Ocupacional sin fronteras. Aprendiendo del espíritu de supervivientes*. Buenos Aires: Médica Panamericana.
- Lotman, Y. (1998). *La semiosfera II: semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*. Madrid: Ediciones cátedra.
- Lotman, Y. (2000). *La semiosfera III*. España: Ed. Desiderio Navarro.
- Pampliega, A., & Racedo, J. (1990). *Crítica de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Editorial Cinco.

- Pichón, E., & Pampliega, A. (1990). *Introducción a la vida cotidiana*. Buenos Aires: Paidós.
- Real Academia Española. (2015). *Diccionario de la lengua española*. Recuperado de <http://www.rae.es/rae.html>
- Schutz, A., & Luckmann, T. (2001). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Simkin, H., & Becerra, G. (2013). El proceso de socialización. Apuntes para su exploración en el campo psicosocial. *Ciencia, docencia y tecnología*, XXIV (47), 119-142.
- Simó, S. (2016). Terapia ocupacional, cultura y diversidad. *Cadernos de Terapia Ocupacional da UFSCar*, 24 (1), 163-171.
- Taylor, E. (1995) [1871]. La ciencia de la cultura. En J. S. Kahn (comp.): *El concepto de cultura*. Barcelona: Anagrama.
- Tuñón, I. (2010). Determinantes de las oportunidades de crianza y socialización en la niñez y en la adolescencia. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 8 (2), 903-920.
- Wilcock, A. (1998). *An Occupational Perspective of Health*. Thorofare: Slack.